
2 Opinión



Hospital de campaña

Vicente Esplugues*

Tras la tormenta llega la calma

Es normal pillarse un resfriado en invierno. Es un clásico ir con el clínex, la voz afónica y ese cansino caminar de a quien le duele todo. Poca energía para afrontar los días y unas ganas tremendas de meterse en la cama y no salir. Y una ocasión privilegiada para sentir que la fragilidad nos constituye.

Cuando el físico acompaña raras veces reparamos en agradecer lo que significa tener salud. Nos creemos que es lo normal, y no es así. No apreciamos las cosas hasta que las perdemos. Estamos hechos de tesoro y barro (cf. 2ª Cor 4,6-7), de fortaleza y fragilidad, de dureza y ternura... El barro es lo evidente, la fragilidad, los límites en muchos casos dolorosos. Y son fuente de tensión en las relaciones con los demás.

Al mismo tiempo somos tesoro, una obra de arte valiosa, más allá del estado en la que nos encontremos. Los arqueólogos son capaces de ver el valor de un ánfora o de un recipiente de barro, porque descubren el valor que contiene, más allá del material con que esté hecho. Así tendríamos que mirar a las personas. Por muy heridas que estén, por muy rotas que se nos presenten, el valor

innato que nunca pierden es el de ser hijos de Dios, imagen y semejanza del Dios del que proceden (cf. Gn 1, 26). Lo importante que es tener una mirada profunda que sea capaz de descubrir la belleza que habita en todo lo humano, belleza que refleja y es expresión de la de Dios. Para ello es necesario no quedarse en las apariencias y mirar el corazón.

Esa mirada nos vuelve más misericordiosos con las fragilidades de los demás. Padecer una enfermedad, pasajera o crónica, nos devuelve la sensibilidad del cuidado y del cariño, nos volvemos empáticos a la necesidad de cuidados y de cariño. Cuando hay comportamientos que no nos gustan, o que nos ofenden con mucha rapidez denunciamos esas actitudes y no lo hacemos por amor a la otra persona para que mejore, sino para que deje de molestarnos. El juez que todos llevamos dentro se pone rápidamente a emitir sentencias. Nos invita nuestro barro, a reconocer lo amados que somos, y a descubrir la mirada de Dios que es capaz de ver tesoro en medio de tanto barro.

***Misionero Verbum Dei, Nuestra Señora de las Américas, Madrid**

2 Opinión



Hospital decampaña
*Vicente Esplugues**

¿Quién es el protagonista?

Teníamos todo organizado: coger el AVE de las ocho de la mañana del domingo en Valencia y llegar justo para celebrar la Misa de 10:30 horas en Madrid. Nunca había fallado ese enlace. Todo como estaba previsto hasta que a las ocho en la estación Joaquín Sorolla no había ningún tren. Ni a las 8:10 horas, ni a las 8:20 horas. El agobio empezó a subirme del estómago a la cabeza, hasta que pude comunicarme con otro sacerdote que, con mucha generosidad, se ofreció a sustituirme en Misa.

Y esa situación me sirve para volver a definir qué lugar, y qué espacio ocupo en la misión de la evangelización. «¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo? Ministros de vuestra fe, cada uno según el don de Dios. Yo planté, Apolo regó, pero era Dios quien hacía crecer [...]. Nosotros somos colaboradores de Dios» (1Cor3,5-9).

Simple colaboradores de Dios, vestidos y llamados por pura misericordia, que hacen lo que pueden para que el que da el crecimiento, que es Cristo, lo realice. Me vienen muy bien esos aparentes fracasos para recordarme, una y otra vez, porque con mucha facilidad lo olvi-

do, que soy un «pobre siervo» de Dios (cf. Lc 17,10), que hago lo que tocaba hacer. Frente a la autosuficiencia reinante, donde se premia y se valora al capaz, al resolutivo, al versátil, al emprendedor, es muy bonito volver a la experiencia originante de nuestra vocación. Por pura misericordia nos llamó, y por misericordia nos va capacitando, pero nunca para sustituirle, sino para colaborar cada vez más estrecha e íntimamente con Él. Teniendo su mirada con los demás, sus sentimientos, su forma de hablar, de pensar, de actuar. Nuestra transformación en Cristo se va realizando gracias a las experiencias de necesitarle de forma evidente, de sentir nuestra fragilidad, nuestra inoperancia. Como los apóstoles no supieron expulsar al mal espíritu del cuerpo de aquel joven por ellos mismos (cf. Mt 17, 14-21), que a nosotros no nos salgan nuestros planes sino es con Él. Así, poco a poco, aprenderemos a tener esa vida anclada con Cristo, por Él, y en Él, y nuestra misión no servirá para tener protagonismo, sino para el Señor sea conocido y amado.

*Misionero Verbum Dei. Parroquia Ntra. Sra. de las Américas (Madrid)

2 Opinión



Hospital decampaña

Vicente Esplugues*

Como si un tsunami te abraza

Hace pocas semanas que llegué de vacaciones, y en muy poco tiempo, de la placidez de unos días de descanso junto al mar, en familia, lleno de serenidad, he pasado en la parroquia a sentirme en un estado de permanente agobio, de cuadrar agendas, de poner en marcha proyectos, de responder a peticiones, de contactar con personas... Eso hace que me cuestione dónde está y dónde encuentro el verdadero descanso. Si lo busco en la falta de actividad, en la ausencia de conflictos y de exigencias, lo que estoy reivindicando es la jubilación anticipada. Si lo que quiero es hacer de mi vida una entrega diaria al servicio de la gente, sin dejar espacio a la queja ni al desaliento, dando una respuesta llena de gratitud al Señor, responderle de forma generosa a tanto bien que recibo de Él, tendré que aprender a vivir el afán de cada día como Él nos enseña: vivir la donación de la propia vida como la ofrenda agradable a Dios.

Que nada a nuestro alrededor nos altere es muy difícil, porque nuestras vidas están envueltas en fragilidad. Un diagnóstico médico, una noticia que llega de los jefes, des-

quiciamiento e incompreensión con los adolescentes, algún vecino que nos cuenta sus problemas, visitar a personas mayores, el inicio del curso escolar con los hijos... se convierte en un baño de realismo que nos hace espabilar y nos aleja de los *paraísos artificiales* que nos construimos.

Encontrar en medio del ajeteo diario la presencia del Dios de la vida, es vivir «como viendo al Invisible» (Heb 11, 27). Y esa es la verdadera fuente de paz y alegría con la que podemos afrontar nuestra existencia. Todos los pasos que damos en nuestra vida diaria, nuestros compromisos y responsabilidades familiares, laborales, afectivas, pastorales, no son una carrera de obstáculos. Son la ocasión de hacer de nuestro tiempo una historia de salvación. No podemos ser «Martas, Martas» (cf. Lc 10,38-42), que andamos agobiadas y fatigadas por cualquier cosa. Sino aprender a ser Marías que, sentadas a los pies del Señor, encontramos cada día la fuerza. Hacer que el tsunami no nos hunda, sino disfrutarlo como el surfero que cabalga la ola.

* Misionero Verbum Dei. Parroquia Ntra. Sra. de las Américas. Madrid

2 Opinión



Hospital de campaña

*Vicente Esplugues**

«Tiene una notificación nueva»

Las redes sociales son como somos las personas. Capaces de contener odios, rabias, violencia, descalificaciones... O pueden ser puentes, espacios de creatividad, caminos de acercamiento a la necesidad del otro. Tenía un mensaje directo en mi cuenta de Twitter. Me pedían una hora para estar en el despacho y responder a una llamada al número fijo de la parroquia. Concerté la cita para el martes a las 18 horas. Y, con una puntualidad británica, sonó el teléfono.

El diálogo fue apasionante. Se presentaba una mujer situándome cómo había dado conmigo: alguna homilía que vio por YouTube, que se la habían enviado por WhatsApp... En fin, lo que conocía de mí le había llegado más por cauces digitales que por la cercanía del cara a cara. Ese camino previo sirvió para poder acompañar a esta persona en un momento clave de su vida: llevar la comunión, la unción de enfermos y la reconciliación a su madre, enferma de gravedad.

Entrar en la habitación del hospital sabiendo que soy portador de todo el amor de Dios por su hija sabe a Evangelio. El Buen Dios se conmueve ante la fragilidad de lo hu-

mano, no quiere la muerte de nadie, ni el sufrimiento, sino que nos ha entregado a su Hijo único para que acompañe nuestras historias cargadas de límites y que, precisamente en medio de esos límites, nos sintamos amados hasta el extremo. Esta palabra que oís, que leéis en la Biblia, se está cumpliendo hoy.

Mi humanidad servía para que Jesús se hiciera presente, tan real y tan vivo, como las escenas que nos cuentan los evangelistas. Me cuesta describir lo que ocurrió al borde de esa cama, de esos tubos, de los goteros... Pero creedme si os digo que hubo alegría, belleza, risas y humor, hubo salvación. Porque cuanto más fuerte es la oscuridad y la tiniebla, con más claridad emerge el Dios de los imposibles. El que es capaz de convertir el luto en danzas. No se pedía el milagro de la curación, se pedía el salto de confianza que supone vivir los límites acompañados. Lo que se nos regaló es la experiencia de que cuando dos o más se reúnen en su nombre, Jesús se hace presente. Y esa confianza es capaz de transformar la mirada sobre la realidad.

***Misionero Verbum Dei. Parroquia Ntra. Sra. de las Américas (Madrid)**